★ LUZ ★ SOBRE EL CINE

Un examen de las principales películas norteamericanas que desfilaron por nuestras pantallas en 1940, revela el poder y la eficacia del cine como arma de propaganda. Los más destacados films que llegaron a México durante el año que acaba de pasar, fueron producidos con el propósito decidido de hacer una campaña en torno de la guerra, una campaña hábil y peligrosa que ha sabido diluír con singular destreza las tesis menos defendibles, en el aire romántico de las escenas de un idilio apasionado, o en el ambiente más o menos dulce de las tiernas escenas maternales. Aun en las películas que aparentemente tratan sólo de revivir épocas pasadas, episodios como la Conquista del Oeste o las primeras "epopeyas" imperiales de Inglaterra en Asia o en Africa, aparece la propaganda de guerra con su inconfundible manifestación. Sin embargo, la crítica cinematográfica mexicana ha permanecido ciega ante este hecho. En el mejor de los casos, los escritores cinematográficos han empleado su perspicacia en descubrir los aciertos o los desatinos puramente artísticos de una producción y la belleza o la fortuna de los intérpretes.

Esta limitación, esta ceguera es uno de los principales defectos de la crítica cinematográfica. Ya sabemos que nunca ha podido hacerse crítica de arte, cabal, si no se desciende hasta las más profundas fuentes de la expresión artística, si el crítico no se despoja de la fórmula artepurista; pero esto cobra mayor certeza cuando se trata del cine, cuando se quiere olvidar lo que el cine representa en estos momentos. Nadie ignora que el cine es el arte de nuestra época, es la expresión de los hombres de este tiempo —como la novela fué la expresión del siglo diecinueve—, que el pueblo de todos los países acude a las salas de cinematógrafo a concretar sus emociones, a educar su sensibilidad, a comprobar su deseo. Por diversas razones no ha habido jamás en la historia un manantial tan fecundo de reglas morales, de propósitos políticos, de gustos estéticos y hasta de modas y estilos para vestir y simular, como el cinematógrafo en nuestra época; por esas mismas razones no ha existido nunca un arma tan eficaz para la propaganda. Y esta virtud que puede ser aprovechada para difundir las normas que conducen a la exaltación de las posibilidades creadoras y afirmativas de la vida, es empleada en estos momentos en Hollywood para muy distintos propósitos. El crítico que no los advierta o que los calle no hace una verdadera crítica cinematográfica y, lo que es más grave, toma partido consciente o inconscientemente, del lado de las peores campañas.

Esta sección no va a contener las meras reseñas artísticas de las cintas que lleguen a México, ni los desahogos líricos acerca de los ojos o las pantorillas de las estrellas. Su propósito es más amplio e importante: descubrir las afirmaciones que con insistencia y sutileza se deslizan a través de las situaciones aparentemente más inofensivas; destacar el significado social y humano de las tesis que las películas sostengan o rechasen; iluminar con palabras —a veces mucho más penetrantes que las formas plásticas, nos esforzaremos porque así sea—, los rincones de una situación dramática, para exhibir su mezquindad, su bajo sentido económico, su falta de grandeza humana, su carácter de mero truco "moral" de una sociedad hipócrita. Eso y más trataremos de lograr.

La mayoría de las producciones que llegan a México tienen un fin claro y preciso: la propaganda de guerra. Casi todas ellas corresponden a la campaña que trata de llevar a los pueblos de América a la guerra. Se trata de crear una situación emotiva popular que haga mucho más fáciles los deseos del capitalismo norteamericano, de intervenir en defensa del imperialismo inglés.

Esta campaña tiene dos temas fundamentales en cuyo torno se hacen las más diversas variaciones: el anti-fascismo y la defensa de la democracia. Los productores de Hollywood se han vuelto repentinamente enemigos de las formas nazis de

(Pasa a la pág. 6)

¿Está Derogado...

(Viene de la pág. 2)

chos personales, que nunca tienen en cuenta el beneficio social o el progreso nacional.

DISYUNTIVA QUE NO EXISTE

Las consideraciones del acuerdo establecen una disyuntiva entre la tranquilidad de la masa campesina y el trabajo en común de los ejidos, como si este sistema indispensablemente hiciera perder aquélla y no fuera capaz de consolidar el derecho del ejidatario para tomar parte en el proceso de la producción, aplicar íntegra su fuerza de trabajo y disfrutar del producto de su esfuerzo, traducido en una parte proporcional de las utilidades obtenidas al realizar una cosecha. No vemos el dilema o la incompatibilidad entre esos propósitos. Al contrario, afirmamos que consolidando la unión de todos los campesinos, unificando sus intereses personales y generales por medio del trabajo en común, para alcanzar propósitos también comunes, se afianza la seguridad, se conquista la confianza que tanto preocupa al gobierno del general Avila Camacho. Puede lograrse así, y de hecho se ha logrado en ciertos casos, que la masa campesina vinculada a un trabajo, descubra con facilidad, dónde se encuentra su interés y adquiera la solidaridad que hace falta entre los individuos que trabajan aislados. Se afianza así, con hechos tangibles, la tranquilidad necesaria para el aprovechamiento racional de la riqueza agrícola, y no vemos por qué, el trabajo en común haya de significar "apresuramientos y excesos agotantes de los recursos en pie, que tienen por origen la falsa idea de que es precaria e indeterminada la propiedad que se ha conferido a los ejidatarios", como dice el acuerdo. Esta es precaria, porque la Constitución define al ejido como una propiedad que se restituye o dota al campesino para que la trabaje, no para que la venda, arriende o hipoteque a fin de atender otras necesidades. Lo importante entonces, lo fundamental y básico, es que el ejidatario tenga la seguridad de ser siempre considerado como tal, cuando cumpla sus obligaciones como campesino y esto es independiente del sistema de trabajo. Su derecho puede y debe estar asegurado, mientras aplique a la tierra su fuerza de trabajo y cumpla con las diversas normas que regulen la actividad ejidal. Y lo que es más: la aplicación de la fuerza de trabajo a la tierra, lazo verdadero y el más importante entre el hombre y el suelo, se vigoriza y enriquece cuando la producción se emprende de un modo colectivo y no individual.

NO HAY IMPERATIVO CONSTITUCIONAL

Para no dejar incompleto el trazo inicial, es decir el planteo de las cuestiones que habremos de abordar más tarde, queremos por el momento citar solamente los textos de la Constitución y del Código Agrario en vigor, que el acuerdo presidencial olvida y que desvirtúan el falso apoyo que busca en la fracción XVI del artículo 27 del Código Político.

Es inexacto que la Constitución mande fraccionar las tierras ejidales. Eso era antes; pero la Constitución fué modificada en 1934. Ahora hay una fracción la VI del artículo 27, que expresamente FACULTA A LOS NUCLEOS DOTADOS DE EJIDOS para ser PROPIETARIOS EN COMUN.

La fracción XVI, es inexacto que MANDE fraccionar.

Lo que dice, según haremos ver, es que lo que se deba fraccionar se fraccionará en el momento de ejecutar las resoluciones presidenciales. Pero NO DICE qué es lo que se debe fraccionar.

Ese es un asunto que desde 1934 ESTA ENCOMENDADO A LAS LEYES ORDINARIAS. No hay tal precepto constitucional de por medio, como quiere el acuerdo.

Y —esto es lo más grave—, YA EXISTEN LEYES VIGENTES que regulan la forma y condiciones en que debe estudiarse y resolverse la cuestión de la explotación colectiva de los ejidos. Esas leyes son, entre otras, los artículos 119, 120 y 121 del Código Agrario vigente, que fijan la propiedad y señalan a su titular; el artículo 128 del propio Código que determina la condición del ejidatario individual frente a la tierra, según se trate de ejidos colectivos o fraccionados, y, por último, los artículos 148, 149, 150 y 151, que señalan la forma de resolver los casos en que la explotación debe ser colectiva.

¿Ha sido derogado el Código Agrario?

EDICIONES de "COMBATE"

Desde su aparición, COMBATE inicia un aspecto de la obra que la LIGA DE ACCION POLITICA, de la que es órgano y vocero, ha clasificado entre sus tareas más inmediatas y de trascendencia mayor. Nos referimos a la labor editorial.

Apenas podría concebirse algo más útil en nuestro país, que dar profusa distribución a libros y folletos con ideas políticas y sociales, llamados a contrarrestar el peso de la avalancha desorientadora que sale de periódicos y libros estultos, sucios e insinceros. La LIGA DE ACCION POLITICA tiene planeada una verdadera política editorial, de la que la publicación que se inicia en este número, no es sino un mero anticipo.

En cada número de COMBATE irán apareciendo doce o catorce páginas de la interesantísima obra "YO ACUSO!", escrita hace unos meses, después ya de la caída de Francia, por Andrés Simone, periodista francés que conoce muy de cerca a los hombres de su patria, que estuvo en los episodios de la bancarrota final de una burguesía traidora —que no tuvo empacho en entregar a Hitler todos los recursos y hasta la dignidad de Francia— y que ha escrito uno de los libros más sensacionales y dramáticos de los últimos tiempos.

La obra de Simone, que lleva como título las famosas palabras de Zolá lanzadas después de la otra derrota francesa en el 70, está tejida con un material que podría llamarse "erudición viva", por lo exacto, afinado, implacable y al mismo tiempo actual y combativo de su información. Los académicos —si todavía puede haber alguien que se interese por la guerra con mentalidad de "espectador sabio", es decir, como un canalla— no querrán dar méritos al libro, porque es una obra que todo el mundo entiende, cuyas conclusiones no son oscuras y misteriosas, sino quemantes, categóricas y popularmente claras. Son, comprimidas al extremo, una sola y gran conclusión: los ricos de Francia son traidores a su patria. La entregaron fríamente a la derrota y la ignominia, por medio de un montón de infamias, estupideces, concupiscencias y descarados actos de connivencia con los alemanes. Generales, políticos, comerciantes, prostitutas de las de automóvil y "salón" propio, y periodistas "aptos para la diplomacia", fueron los vehículos, casi siempre conscientes, de la penetración demoledora y aniquilante, de los enemigos. Por las páginas de Simone pasan regordetes, perfumados, bien comidos, chiquitos, "hábiles" y "discretos" como siempre han sido, y los vemos asesinar a Francia con los hocicos siempre llenos de palabras patrióticas, de "golpes" de gran político y de protestas de lealtad a su país.

(Pasa a la pág. 6)

tamos frente a "Bola de Sebo", "El Collar de Diamantes" y "La Correría de Madame Tellier", transportados a la política. No porque este libro sea, en ningún sentido, una novela. Está demasiado bien informado, su documentación es demasiado buena y es demasiado terriblemente exacto para ser otra cosa que un tremendo YO ACUSO; pero en sus páginas casi puede uno ver a Laval, rebosante de alegría como madame Tellier, decir, refiriéndose a la guerra que despedazó a Francia: "No todos los días son días de fiesta", y en seguida, con un suspiro de alivio de su agitado pecho, regresar a sus productivas labores profesionales de costumbre.

Así como John Gunther escribió "Europa por Dentro", Simone ha escrito lo que podría llamarse "Francia por Dentro", con la diferencia de que los detalles son todavía más íntimos, en virtud de que la luz se proyecta sobre un círculo menor, los trazos de las figuras son más exactos, y es más penetrante la disección de las fuerzas en fuego, lo mismo tratándose de las actividades del Frente Popular que de las "doscientas familias".

La conclusión ineludible que arroja el libro de Simone es que Francia fué apuñaleada por la espalda, no tanto por la calculadamente tardía entrada de Mussolini a la guerra en el último instante, como por obra de sus propios dirigentes políticos, los cuales, para su poca duración, gozaron de elogios desmedidos, aun de parte de los mejores críticos norteamericanos. Francia fué apuñaleada no una vez sino cien, entre aquel 30 de enero de 1933 en que Hitler tomó el poder, y el último estertor sangriento y escandaloso que vieron los salones del gobierno, en Burdeos. Duda uno acerca de si Weygand fué realmente sacado de su destierro a medias en el Cercano Oriente, para dar la ya perdida "batalla de Francia", o más bien para ayudar a arreglar el acomodo en el poder, de las doscientas familias y los grupos fascistas, a quienes antes ed la guerra había vendido rifles y municiones del ejército francés, para que pudieran amotinarse en los portales del Ministerio del Interior aclamando a Petáin. ¿Si eso había hecho antes de que la guerra alcanzara a la nación francesa, qué podía esperarse de él después del desastre de Sedán?

El libro de Simone tiene importancia vital para todos los norteamericanos. De manera definida concierne a nuestras fuerzas de defensa y a nuestra integridad nacional. A ningún norteamericano que cuide el honor y la seguridad de su país, le conviene dejar de leer este libro. Sus lecciones son penosas. Pero es mejor aprender la verdad antes de que sea demasiado tarde.

CARLETON BEALS.

28 de agosto de 1940.
Nueva York.

YO ACUSO!

LOS HOMBRES QUE TRAICIONARON A FRANCIA

por

Andrés Simone

Traducción de la

LIGA DE ACCION POLITICA

México, D. F. 1941